

NUEVE TESIS SOBRE MÉXICO

LLEVO CINCUENTA AÑOS de vivir en el pecado. En 1936 me recibí de economista y, por consiguiente, dueño de la clave para resolver los problemas del mundo. Ese mismo año inicié mi postgrado en la Escuela de Economía de Londres, donde sentí los primeros síntomas de esquizofrenia.

Simultáneamente fueron mis maestros Hayek y Robbins, fanáticos de la economía de mercado, y Kaldor y Kalecki, partidarios del intervencionismo. En ciencias políticas recibí las ideas en conflicto de Harold Laski, marxista, y Karls Mannheim, conservador. Brillantes todas las presentaciones, pero cruzados los mensajes.

En 1939 estalló la Segunda Guerra Mundial. Para ponernos a salvo de los bombardeos nazis, los estudiantes de Londres fuimos "evacuados" (así, como fase final del proceso digestivo) a Cambridge. Mi esquizofrenia se agudizó, porque allí eran profesores Keynes, cuya *Teoría General* postulaba que la demanda global tendría que ser siempre manipulada para evitar la desocupación, y Pigou, cuya *Teoría de la Desocupación* afirmaba que esta ocurría sólo porque el hombre manipulaba las fuerzas del mercado. La esencia de mi educación formal consistió en aprender que en la economía la única verdad absoluta es que no hay verdades absolutas.

Regresé a México en 1940. Además de dar clases de economía en la Universidad y en el Colegio de México inicié una carrera política que me permitió escalar hasta los estratos más altos, pero de la burocracia baja. Ocupé la Dirección General de Estadística, fábrica de cifras en la cual empecé a desconfiar de toda estadística, y la Dirección General de Crédito de la Secretaría de Hacienda, donde aprendí que en la lucha continua entre los políticos y las fuerzas económicas, los políticos ganan algunas batallas y todos los encabezados —pero invariablemente pierden la guerra.

Me tocó la suerte de tener por parte de México un modesto papel técnico en la creación de los organismos internacionales de la postguerra. Pude vivir en la euforia romántica que acompañó al nacimiento del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, del GATT y del BID, organismos que veíamos como trampolines para que las naciones pobres pudieran saltar hacia el desarrollo auto-sostenido. También me ha tocado sentir la tristeza de comprobar que, más que trampolines al progreso, estos organismos son hoy colchones para amortiguar la caída de nuestros países.

Quizá por insistir demasiado en que el gobierno no podía ir siempre en contra de las fuerzas económicas quedé desempleado del sector público. Tuve que refugiarme en la iniciativa privada, en actividades cívicas, en el movimiento olímpico, y volverme economista subterráneo.

Llevamos años de oír a los políticos hablar de "la crisis" en singular, y culpar de ella a los extranjeros. La reiteración de dos errores: la supuesta *singularidad* y *exogenidad* de la crisis, me impulsó a salir del sótano para exponer algunas ideas. Convencí a mis

JOSUÉ SÁENZ

amigos Octavio Paz y Enrique Krauze de que si no tengo las cualidades para escribir en *Vuelta*, en cambio me sobran defectos. La edad confiere pocas ventajas; física o estéticamente no da ninguna. Pero para un economista supone por lo menos dos: la primera es que siempre podrá recordar algún tiempo pasado aún más angustioso que el presente; la segunda, que puede hacer predicciones en la confianza de que no estará vivo cuando fallen. La edad da cierta objetividad contemplativa y algo de imprudencia. Es por ello que me he animado a escribir este artículo.

Al exponer nueve tesis sobre México resalta que en ciertas áreas hay situaciones críticas y hasta potencialmente detonantes. No lo hago para hacer una antología premonitrice o presentar un escuadrón de jinetes cabalgando en una escenografía apocalíptica. Mi propósito es dividir lógicamente el problema del estancamiento de nuestra economía en sus partes componentes, y plantear la tesis optimista de que la solución total para México es todavía viable, siempre que resolvamos previamente las distintas partes del conjunto.

Ha resultado inevitable criticar la forma en que se han manejado muchas áreas del conjunto socio-económico nacional. Si la situación general del país fuese bonancible y brillantes sus perspectivas, este artículo contendría más elogios que críticas. Lamentablemente no es el caso. Pero quiero recalcar que mi crítica es al *sistema*, y no a las personas que lo manejan. No escribo con el ánimo de censurar individuos sino para buscar soluciones a nuestros problemas.

¿Estancamiento o crisis?

Primero, no es exacto usar el concepto de *crisis*, cuya etimología indica un fenómeno agudo de corta duración, cuando vivimos una larga depresión y no una situación pasajera o coyuntural. De 1980 a 1986 el producto interno bruto per cápita en términos reales ha bajado 7%. La economía está estancada pero la inflación se desborda. Las proyecciones a 1988 señalan que México está en la fase inconclusa de una prolongada depresión. No es exacto pensar en crisis singular cuando la depresión es el resultado acumulativo de macro-tendencias a largo plazo y de varias subcrisis en el contexto nacional.

Tampoco es exacto culpar exclusivamente a los de afuera de nuestros males, muchos de los cuales subsistirían aún en el entorno internacional más benigno. Mexicanos son nuestros problemas y mexicana tendrá que ser su solución. Nadie nos quiere lo suficiente para hacer por nosotros lo que no hagamos nosotros mismos.

Ya sea que en el futuro México sea gobernado por la izquierda o la derecha, los militares o el clero, los chavos-banda organizados por un Mussolini mexicano en falanges fascistoideas o —lo más probable— por algún nuevo clon del PRI, los problemas reales serán los mismos. La solución no depende de personas o ideologías sino de un autoanálisis que permita identificar y atacar separadamente las cabezas del monstruo de Hidra que nos impide salir del pantano. El requisito previo es ver el futuro sin prejuicios heredados, sin los mitos que hemos construido en torno a nuestra historia, libres de la anestesia de la oratoria política y de programas fosilizados en las memorias de las computadoras oficiales. Así podremos corregir rumbos y desencadenar las muchas fuerzas constructivas latentes que hay en México.

Corriente demográfica

En México la estadística no es ciencia: es una de las artes plásticas. El censo de 1980, más que una fotografía de México resultó una pintura en la cual hay impresionismo, surrealismo, expresionismo y hasta cubismo —todo menos realismo. Pero los trazos principales y proyecciones a la fecha son tan dramáticos que no hay duda de la magnitud de nuestro problema demográfico. Ochenta y dos millones de habitantes, en su mayoría jóvenes improductivos pero consumidores. Cinco o seis millones de desaparecidos estadísticos, nacidos en México pero no censados porque estaban en Estados Unidos, de los cuales tres millones pueden ser pronto repatriados. Varios millones de marginados y desocupados. Una tasa de crecimiento anual de 2.5%, que aun en el supuesto de que las recientes cifras de reducción de natalidad sean ciertas y no fruto del triunfalismo burocrático, implica todavía más de cuatro hijos vivos por mujer, y por lo tanto, una población que duplica cada generación. Dos terceras partes de nuestra población dependen del otro tercio que trabaja y produce. Cada año de los siguientes quince ingresará al grupo que demanda trabajo más de un millón doscientas mil personas. En tanto llegan a la edad de producir, el país sufre una descapitalización demográfica, ya que dar servicios básicos de educación, salud, transporte, agua, etcétera, a una niñez improductiva absorbe recursos necesarios para el desarrollo y la creación de empleos.

Contando los jóvenes que ya nacieron y pedirán trabajo en un futuro próximo, el retorno forzoso de varios millones de Estados Unidos, el cierre de una frontera norte que ha sido válvula de escape y amortiguador social para mexicanos sin trabajo, se ve que el problema es grave y requiere medidas casi heroicas. Económicamente estamos en tiempos de cólera, pero seguimos haciendo el amor y produciendo niños con fervor y entusiasmo. El problema grave no sólo son los niños que nacen y los que nacerán, sino los que ya nacieron. Para el futuro de México reducir la natalidad es fundamental desde el punto de vista ecológico y económico. Pero la incorporación a la fuerza de trabajo de los ya nacidos que irán creciendo no se resolverá repartiendo más pastillas anticonceptivas, sino con un programa urgente de inversión para repartir empleos y producir lo que una población en aumento consumirá.

Por primera vez en la historia post-revolucionaria de México transcurrirá un sexenio completo (1983-1988) sin crecimiento del PIB, en el cual la inversión pública y privada se ha reducido junto con el nivel medio de vida. Cargamos con un rezago de cinco millones de empleos no creados por falta de inversión y desarrollo en el sexenio. Para absorber este rezago y el incremento demográfico que continúa, no hay más vía a corto plazo que aumentar rápidamente el producto interno bruto y sostenerlo durante los siguientes quince años cuando menos al 9% anual. Esta tasa de crecimiento requiere invertir anualmente el 30% del PIB en actividades productivas generadoras permanentes de empleos y de bienes. Históricamente, nuestra inversión máxima ha sido del 26% del PIB en los setentas. Actualmente la inversión total no llega al 16% del PIB, por lo cual parece una meta distante el nivel crítico de inversión. En la carrera vital entre la producción de niños y la producción de bienes y empleos, México va perdiendo. La corriente demográfica nos lleva hacia la catarata; la contracorriente de inversión no fluye. Parece difícil recuperar el tiempo perdido sin nuevos estímulos a la inversión para expandir rápidamente nuestra planta productiva y el nivel de ocupación.

Los factores demográficos tendrán en el futuro un papel decisivo en todas las áreas de nuestra vida social y económica, política interior y exterior, y serán determinantes en la generación de violencia. De seguir las cosas como van, el pronóstico para México parece ser el de pobreza sin crecimiento.

La escala de Jacob

Hay quienes dicen que el alza de precios es la venganza de la economía por los errores de los economistas. La verdad es que las causas de la inflación involucran no sólo al sistema económico sino también al sistema político. Por ello es un fenómeno complejo, difícil de analizar y más difícil aún de erradicar. El primer paso es conocer los orígenes y el arraigo de los varios tipos de inflación:

a) *Inflación dinero-inducida*: Una expansión del medio circulante, ya sea por emisión primaria intencional o para cubrir el déficit público, o por entrada de divisas que se convierten a moneda nacional, pronto genera ingresos monetarios y aumenta la demanda interna. Si la oferta interior de bienes y servicios reales, consumibles, no responde rápidamente a la demanda adicional, comienzan a subir los precios para tratar de reducir la demanda al nivel real de la oferta. El déficit monetario —efectivo del gobierno, el que aumenta el circulante y actúa sobre ingresos, demanda y precios y sustrae clandestinamente poder adquisitivo a la población, es hoy más del 18% del PIB. Está en el nivel que tuvo cuando el colapso final del Portillato. El aumento de los instrumentos monetarios en circulación (M1 a M5) es del orden del 150% anual. Si vemos las cifras absolutas de aumento del circulante en vez de las tasas de incremento anual, en este sexenio el gobierno ha emitido más pesos que todos los gobiernos anteriores juntos desde que fue creado el Banco de Mé-

xico en 1925. Por este solo factor monetario, ante una producción estática, los precios tienen que subir con leve atraso a una tasa similar aunque no idéntica.

b) *Inflación costo-inducida*: La inflación por incremento de costos es un fenómeno progresivo. Un alza de precios, cualquiera que sea su origen, se propaga, retroalimenta, exagera, consolida y se vuelve cimienta para nuevas alzas. La inflación costo-inducida es una escalera que, como la bíblica de Jacob, tiene principio pero no fin, con la variante paradójica de que políticamente es más fácil subir por ella que descender. Frenar en una paraestatal el insaciable apetito de un sindicato monopólico y productófono, bajar un precio, reducir un costo, pagar un salario más bajo, recortar personal, es siempre más difícil que ceder ante las presiones de aumento y trasladar el costo a quien se pueda. El último afectado por un alza de precios costo-inducida es el consumidor final, generalmente el menos organizado y el menos capaz de trasladar la carga. Salvo que la escalera se rompa, la inflación de este año será igual a la del año pasado más el impulso propio del presente. La del año próximo será la de éste aumentada por las presiones futuras.

c) *Inflación inversión-inducida*: Este tipo de inflación tiene una hermana gemela que es la inflación desarrollo-inducida. Todo proyecto de inversión implica un período de gestación más o menos largo. Genera ingresos para proveedores, contratistas y obreros desde su inicio pero produce bienes o servicios adicionales sólo a partir de su terminación. Durante el período de gestación inyecta más ingresos y más demandas sin más producción: resultado, presión inflacionaria pura. Parecería obvio que para reducir impacto inflacionario son preferibles los proyectos con períodos de gestación cortos. Metafóricamente, nuestros inversionistas privados o públicos deben dedicarse a embarazar conejas, que gestan pronto, y no hacerles el amor a las elefantas, que tardan tanto en parir.

d) *Inflación error-inducida*: Una inversión bien planeada incrementará después de un período razonable el flujo de bienes y servicios que aporta al sistema. Recicla y reproduce el capital. La inflación inversión-inducida será transitoria. Pero una inversión mal planeada o mal ejecutada (como la núcleo-eléctrica de Laguna Verde, que en quince años no produce un solo vatio de energía, pero sí ha consumido materiales y generado ingresos), se transforma en inflación permanente irreversible. Si este tipo de errores se multiplica, (y desgraciadamente en el sector público abundan, se perpetúan y encubren), hay un desfaseamiento continuo en el cual el incremento de ingresos y demanda se adelanta con mucho, quizás para siempre, al aumento de la producción. Así llegamos a lo que Gabriel Zaid llama "la economía de los elefantes blancos", animales que en México nunca mueren; comen y siguen creando déficits e inflación a perpetuidad.

e) *Inflación psico-inducida*: Un proceso inflacionario sostenido genera expectativas de precios más altos en el futuro. La reacción humana racional ante alzas previstas es tratar de "cubrirse" anticipadamente: adelantar compras, reetiquetar, indexar con base en precios anticipados. La inflación, inicialmente un acto pasivo que lleva atraso respecto de sus causas, se transforma en un proceso *ex-ante* en el

cual los precios suben antes de que haya causa real para ello.

Los varios tipos de inflación están ligados. En una inflación prolongada como la de México los padecemos todos. Los políticos tratan de hacernos olvidar que la inflación es consecuencia y no causa. Culpan de la inflación a las alzas de las tasas de interés y a la devaluación monetaria, cuando ambas son resultado y no causa. Al bautizar a la inflación con el nombre de "inercial" o "tendencial" quieren convencernos de que la inflación es su propia causa. Dentro del esquema político actual es difícil abatirla porque el menos afectado por la inflación es el gobierno: en orden cronológico es el primer inflador, el que primero gasta, el que primero emite el dinero y a quien no le cuesta. Gasta y compra antes de que suban los precios. El resto del país tarda en recibir los ingresos adicionales producto del gasto público y sólo puede gastar cuando los precios ya subieron por la demanda inicial. La inflación se caracteriza por una asimetría política. Para el gobierno es más fácil imprimir billetes que cobrar impuestos, más fácil endeudarse que reducir su gasto, más fácil financiar actividades improductivas que eliminarlas, más fácil comprar votos y popularidad que ganarlos, más fácil subir los precios a que venden los monopolios oficiales al público cautivo que hacerlos eficientes. La inflación se incorpora al sistema político; se vuelve la ruta de menor resistencia, un impuesto subterráneo no legislado y una confiscación silenciosa del ahorro. Contra la inflación el público tiene poca defensa por vía económica y en México ninguna por vía política puesto que no hay manera de cambiar al gobierno o frenar su gasto por vía legal.

Nuestra inflación aumenta progresivamente. La escala de Jacob está a la vista y todos la vamos subiendo. La inflación anual va de 65% en 1984 a 140% estimado para 1987. Estas cifras oficiales, promediadas y seguramente un tanto maquilladas, reflejan sólo parte de la realidad. Los índices no miden la inflación invisible (la reducción de calidad, los envases ilusionistas que parecen más grandes pero contienen menos, las "nuevas" fórmulas con distinto nombre que son lo mismo que las antiguas pero más caras) pero sobre todo no miden el menor consumo obligado por el aumento de precios. En la inflación algunos ganan y otros dejan de perder transfiriendo la carga. Pero la mayor parte son los grupos sin defensa que ante un alza de precios tienen que reducir su nivel de vida, bajar sus posibilidades de inversión y de formación de capitales, perder sus esperanzas, reducir sus expectativas y muchas veces aceptar un descenso en la escala social. La clase media sin fuerza política sufre una creciente proletarianización, los pobres se desprotegen y los grupos sociales con ingresos fijos no ven salida.

Cuando es previsible un proceso inflacionario como el nuestro, continuo y creciente, todo el mundo, con excepción de quienes van a morir, está consciente de las anunciadas, inevitables muertes del peso y de la paridad cambiaria. Es difícil tener confianza en la moneda y en el gobierno que la emite si todo el sistema político lleva un sesgo inflacionario en el que el gasto es lo que da fuerza al gobierno y popularidad a

los funcionarios. La experiencia de los dos últimos sexenios, en los cuales han llegado a la presidencia los encargados del gasto público, nos debe hacer pensar en la conveniencia de dos enmiendas constitucionales. La primera sería que ningún secretario de estado responsable del gasto público pueda ser candidato a la Presidencia en el sexenio inmediato. Así se evitaría la aceleración del gasto público con fines auto-electorales que tanto daño ha causado al país. La segunda enmienda constitucional lógicamente tendría que prohibir más enmiendas constitucionales.

La principal aportación que puede hacer un gobierno al progreso económico es mantener una moneda estable, no usarla con fines políticos o improductivos y no distorsionar con ella al resto de la economía. Parece poco probable lograr estos objetivos dentro de la estructura política vigente.

Corrupciones

La corrupción ha sido endémica en México, desde los tributos prehispánicos, pasando por las cuentas del gran capitán en la colonia y los "cañonazos" revolucionarios, hasta nuestra época. Conviene examinar sus características actuales, no tanto con criterio moral como para ver su impacto macrosocial. Debemos diferenciar los varios tipos de corrupción, ya que el uso del término genérico engloba un fenómeno muy complejo e impide ver si hay crisis en este área, si la corrupción es eliminable y cuáles son sus efectos sociales.

a) *La corrupción dirigida:* Un personaje poderoso ordena a sus subalternos que realicen actos corruptos en beneficio del mandante. Ejemplos serían el de un presidente o gobernador que manda construir con fondos públicos una casa, carretera, helipuerto o presa para beneficiarse directamente. Esta clase de corrupción es afortunadamente la más fácil de eliminar. Basta un presidente honrado. Esta crisis ya pasó. Nos dejó heridos y asqueados pero vivos. Podrá quizás repetirse, pero no pronto.

b) *La corrupción compartida:* Varios funcionarios de un mismo nivel entran en complicidad o se coluden con particulares para realizar negocios juntos. Ejemplos serían compartir terrenos en algún desarrollo oficial, beneficiarse con información privilegiada, hacerse en condiciones preferentes de acciones de empresas públicas o paraestatales, compartir las utilidades de algún contrato, otorgarse un crédito preferencial, conceder protección arancelaria excesiva a empresas favoritas, fortalecer en beneficio propio el complejo burocrático-industrial. Nada une a los hombres como la complicidad, y en un régimen unipartidista y auto-perpetuante sigue y probablemente seguirá esta corrupción.

c) *La corrupción piramidal:* Se organiza una pirámide en la cual la "mordida" se recibe en la base pero se reparte en todos los niveles de acuerdo con una escala predeterminada. Este tipo de corrupción ha sido tradicional en las varias policías, en las aduanas y en algunas de-

pendencias oficiales. La permisocracia en que vivimos la nutre y fortalece.

d) *La corrupción funcional:* Es la más extendida. Sin dejar de ser inmoral, es quizás la menos dañina. Consiste en los pagos que el ciudadano común y corriente tiene que hacer para lubricar la maquinaria burocrática y lograr un permiso, licencia o algún trámite expedito. En cierta forma esta corrupción es democratizadora, ya que la mordida permite al ciudadano sin voz ni voto en su gobierno nivelar su fuerza con la prepotencia de las autoridades. Un cínico podría definir al gobierno de México como una dictadura absoluta, democratizada por la corrupción.

e) *La corrupción estructural:* Desde el punto de vista político es la más importante. El Presidente de la República, los gobernadores e integrantes del poder legislativo llegan a sus puestos no como resultado del voto sino por gracia y gasto del PRI convertido en arma electoral. El Presidente no tiene base popular propia. Su fuerza deriva del gasto público que dirige, de la pirámide burocrática y paraestatal que controla y del manejo del partido oficial. El Presidente usa el gasto público para obtener y mantener su fuerza; maneja al PRI para conservar el balance de su estructura interna y la perpetuación del sistema y usa su facultad de designación como elemento de control. Para adquirir y conservar su fuerza tiene que comprar la lealtad política tolerando distintos tipos de corrupción en caciques, líderes sindicales y hasta gobernantes. La corrupción estructural implica que la corrupción tolerada o practicada es base política del sistema.

f) *La corrupción intelectual del mandatario:* Es de tipo moral y psicológico, pero tiene enormes consecuencias económicas. El Presidente de la República, amo del sistema que lo llevó al poder y que le permitirá elegir a su sucesor, acaba por creer en su propia infalibilidad y en todas las virtudes que le atribuyen sus súbditos. Simbólicamente quita los espejos en su casa. No se ve como realmente es, sino como le dicen que es. Aislado de la crítica, de toda opinión contraria a



sus puntos de vista, rodeado de aduladores y peticionarios de favores, movilizado siempre dentro de la trama y escenografía de la compañía de teatro del Estado Mayor Presidencial, aplaudido por acarreados, es progresivamente alejado de la realidad. Acaba por considerarse infalible dentro de un sistema perfecto. Comienza siendo dogmático para tratar de convencer al pueblo de que su gobierno es legítimo y sus actos los correctos, los mejores, los únicos posibles, inspirados en la esencia de la Revolución —y acaba por convenirse a sí mismo.

Los presidentes de México inician su trayectoria como silenciosos, tímidos y encapuchados hijos de su antecesor. Cuando el Presidente en turno escoge a uno para sucederlo, lo adopta el PRI y comienza a modificarle el código genético. Los transforma en un clon más con segmentos de Juárez, Zapata y Lázaro Cárdenas injertados en la doble hélice que controla sus células cerebrales. Tiene un eufórico interludio normal al asumir la presidencia, pero ante los problemas, con frecuencia insolubles dentro de la ideología heredada, se vuelve demagogo y xenófobo. Sin frenos legislativos o judiciales, en el ejercicio de sus funciones acaba autogogo e iluminado redentor de otros países. Esta grave y aparentemente cíclica falla de nuestro presidencialismo es la forma de corrupción más difícil de eliminar.

Las varias corrupciones en su conjunto parecerían enfermedad social sin relevancia para las tendencias macroeconómicas. Lamentablemente esta primera impresión no es exacta. Las corrupciones piramidal o funcional son un recargo a los costos de operación de la sociedad, hacen más caros los servicios, los insumos y la operatividad del sistema económico. Al ciudadano sin poder a veces le cuesta más ser legal que chueco o subterráneo. En el aspecto internacional reducen la competitividad y pueden desalentar la inversión nacional y extranjera. Contribuyen a la fuga de capitales porque los corruptos, para no dejar huella visible de su riqueza, la llevan a otros países: México pierde, Suiza gana.

Las corrupciones de tipo estructural e intelectual del gobernante tienen implicaciones para el crecimiento económico. La concentración del poder presidencial, y la integración política de la pirámide bancaria parastatal; el manejo unipersonal de la economía oficial y el uso de la inflación como medio de financiamiento; la absorción del crédito bancario por el sector oficial y el desplazamiento progresivo del sector privado; la rectoría económica del estado y el poder disponer arbitrariamente de los recursos naturales propiedad de la nación, son todos factores que alteran la distribución óptima de los recursos invertibles. En vez de que fluyan hacia donde son más productivos, la estructura de corrupción a nivel macro-político los lleva hacia destinos de beneficio personal para los corruptos, o hacia áreas que tienden a consolidar el poder político del gobernante. La racionalidad política y la corrupción sustituyen la racionalidad económica en la toma de decisiones. La eficiencia se pierde; se desperdician los escasos recursos disponibles.

Algunos tipos de corrupción prevaletentes en México son fácilmente eliminables, pero otros se han vuelto parte esencial del sistema político. Dentro de la estructura actual del poder presidencial, con organi-

zación política unipartidista y autoperpetuante, no será fácil quitarlos. Sólo la democratización interna, y la posibilidad real de que una oposición llegue al poder, puede limpiar el sistema.

Deuda externa, deuda eterna

Para muchos la crisis más visible y crucial es la deuda externa. Su origen es que nos prestaron a la ligera y usamos improductivamente lo que nos prestaron. Su presión actual consiste en que debemos mucho en divisas fuertes y no tenemos con qué pagar en las fechas de vencimiento. Su carga futura es un freno a nuestro crecimiento. Todo lo anterior es cierto; lo es también que acreedores y deudores viajamos en la misma barca y tenemos interés común en evitar el naufragio. La deuda es impagable, pero también es incobrable. Todos queremos salvar la cara: los banqueros ante sus accionistas y depositantes dueños del dinero que nos prestaron, y nuestros políticos ante la opinión pública y del electorado que los acusa de haber usado improductiva o deshonestamente los créditos. En una forma u otra la deuda externa está siendo reestructurada, reprogramada, convertida y, en síntesis, reciclada. Deuda externa, deuda eterna. El problema de la deuda no es solo su monto, o el nivel de las tasas de interés, sino el *flujo neto* de recursos hacia adentro o hacia afuera. El peligro real que puede surgir de la deuda externa es la interrupción del reciclamiento. Si dejamos de pagar o pagamos solo un porcentaje, como piden ciertas voces populistas, se suspenderá y los acreedores decepcionados, quemados, pondrán el cerrojo a la posibilidad de restablecer el flujo vital de nuevos créditos, capitales y divisas a México.

Quetzalcóatl I en el año 1000 nos dejó en Yucatán la modesta Pirámide de Kukulkán, que no nos cuesta y hasta atrae divisas de los turistas. Quetzalcóatl II en 1982 dejó sobre todo México una enorme pirámide de deuda por 300 mil millones de dólares (100 mmd de deuda principal y otros 200 mmd de intereses). Esta pirámide nos está costando y seguirá costando a otra generación más de mexicanos. La tragedia es que si dejamos de pagar, si dinamitamos la pirámide, las piedras caerán sobre nuestras propias cabezas.

Para salir del estancamiento un paso esencial es restablecer y acelerar el flujo *voluntario* de recursos de los desarrollados hacia nosotros. Será preferible lograrlo teniendo socios inversionistas, que aporten tecnología de producción y de mercadeo, alianza para la exportación y cuyo calendario de recuperación es flexible, en vez de acreedores que solo prestan dinero y a quienes hay que pagar divisas en fecha fija cualesquiera que sean las condiciones del país en el momento.

Pero lo impiden la ideología heredada, el fantasma del imperialismo y el mito de Dafne que vivimos: la imagen de que nos desea y persigue un resopliante violador de soberanías. México ya es mayor de edad, demasiado poderoso, autónomo y diversificado para pensar que perderá su independencia, integridad territorial o soberanía porque un extranjero ponga una fábrica. Tenemos en este mismo continente el ejemplo de Canadá, donde es de origen foráneo 45% de

su inversión total comparado con el 5% que tiene México. Canadá, con el segundo nivel de ingresos más alto del mundo, sigue autónomo, independiente y soberano. México también continuará siéndolo aunque incremente en mucho la proporción de capital extranjero en su economía. Nada fortalece la independencia y autonomía como la prosperidad; nada fomenta la dependencia y subordinación como la pobreza.

El problema de la deuda externa es agudo y viviremos con él mucho tiempo, pero sólo se volverá crisis si no pagamos lo suficiente para lograr la reanudación de los créditos y las inversiones, o si insistimos en mantener un entorno político que asuste a las fuentes internas y externas de capital. Pagar sin crecimiento es imposible; crecer sin pagar es improbable. Mantener el ambiente político adecuado y pagar el mínimo indispensable para que aumente el flujo de recursos a México es el camino.

Diplomacia defensiva

Nuestros cancilleres repiten hasta provocar el bostezo que la política exterior de México se basa en cuatro principios inmutables: la autodeterminación, la igualdad jurídica de los estados, la no intervención y la solución pacífica de los conflictos. La Doctrina Estrada, que involucra el reconocimiento automático no discriminatorio de gobiernos nacidos *de facto* pero que ejercen la soberanía efectiva de sus territorios, que fue un quinto principio tan importante cuando nuestro gobierno revolucionario buscaba ser reconocido mejor, ya no hablan, dada la forma inconsistente en que la han aplicado. Todas estas normas derivan de una visión defensiva de la política exterior. Son en parte resultado de nuestras malas experiencias y debilidad económica, política y militar ante otros países. Los principios son para defender al débil; el fuerte no los necesita más que con fines cosméticos.

Es obvio que la primera meta invariable y eterna de la política internacional debe ser la defensa de la soberanía y la integridad territorial. La segunda meta de la política exterior, igualmente invariable y más urgente, puesto que nadie nos ataca, debe ser aumentar el nivel de vida de nuestra población. Para este fin y para mantener la estabilidad social interna, una política exterior moderna no debe ser sólo defensiva: debe tener como objetivo prioritario ayudar a obtener un flujo adicional de recursos hacia México por vía de créditos nuevos, inversión externa privada, mayor atracción de turismo, mayor exportación, y buscando salida y arraigo en el exterior a nuestra población excedente.

La diplomacia de México tiene un fuerte componente inercial. Deriva de nuestras malas relaciones, ante todo con Estados Unidos durante el siglo XIX y parte del actual. Un distinguido historiador mexicano afirma que durante este período Estados Unidos, entre sus tracciones de territorio, invasiones, bombardeos, bloqueos y amagos, violó la soberanía de México 285 veces. Resulta entendible que la política exterior de México tenga un enfoque defensivo y un sesgo antianqui.

La diplomacia mexicana se ha inclinado notoriamente más a la izquierda. No siempre ha sido así. Durante años mantuvimos relaciones estrechas con, entre otros, Hitler, Mussolini, Perón, Somoza, Stroessner y un sin-

número de generales del cono sur. Pero recientemente el sesgo diplomático ha sido hacia la izquierda, concretamente en los casos de Cuba, Chile y Nicaragua. El propósito ha sido congregar a parte del sector intelectual mexicano, un tanto marginado en la política, y al mismo tiempo tranquilizar a la izquierda mexicana organizada convenciéndola de que aun cuando la política económica interior, de "austeridad", ha contribuido a reducir el nivel de vida de la clase obrera, ideológicamente y a nivel internacional el gobierno no se olvida de ella.

Otra posible justificación de la actual política exterior es que el gobierno ha buscado con ella, y con ciertas provocaciones específicas a Estados Unidos, que Cuba y la URSS no actúen en México, como lo han hecho en Angola, Etiopía y Nicaragua y varios otros países latinoamericanos, ayudando abiertamente a la izquierda o a los grupos guerrilleros. El sesgo a la izquierda, desde este punto de vista, ha sido una póliza de seguro.

Ante la situación crítica de México en el área económica es claro que nuestra política exterior futura tiene que basarse no en la inercia, no en la solidaridad lingüística con la América Latina, no en la idea de comprar una póliza de seguros contra el comunismo, no sólo en una retrovisión histórica, por importante que sea, sino en la búsqueda de soluciones efectivas a los nuevos problemas que México tiene hoy, a los que habrá en el siglo XXI, y que no tienen precedente histórico.

Clausewitz afirmó que "la guerra es la continuación por otros medios de la política exterior". México, que no ha tenido mucho éxito en sus guerras, tendrá que hacerle una variante a esta máxima. Un pacífico Clausewitz mexicano diría que la política exterior es la continuación por otros medios de la política interior. La Revolución Mexicana tuvo como meta elevar el nivel de vida de los mexicanos, no empobrecerlos. Para ser congruente con este objetivo de la Revolución, nuestra política exterior debería buscar en primer término cómo promover el desarrollo económico del país para dar ocupación plena y un nivel de vida ascendente a sus habitantes. Además de seguir la diplomacia defensiva, hay que iniciar la diplomacia constructiva.

El reto de nuestra diplomacia es formidable. La economía mexicana tiene que dar 20 millones de empleos adicionales en los siguientes trece años. Más importante aún es que crezca lo suficiente para restablecer las expectativas de nivel de vida ascendente y con ello las estabilidad política interna. En una época de reducción real de ingresos y de confiscación silenciosa del ahorro por la inflación es poco probable lograr el coeficiente necesario de inversión con nuestros propios recursos.

Es indispensable un influjo complementario de recursos externos que permanezcan y produzcan en el país, y el ingreso de divisas frescas en cuenta corriente. Ésta y no otra tendrá que ser la meta fundamental de nuestra política exterior.

La inversión extranjera en México asciende a unos 20,000 millones de dólares, en empresas que dan empleo directo a 600,000 trabajadores. Las empresas proveedoras de insumos dan empleo indirecto a 1,200,000 más. Tomando con cautela estas cifras, puesto que el

"valor real" del "capital" en una empresa es un concepto rebelde a la medición, y la tradicional relación capital/mano de obra no rige para las nuevas industrias de alta tecnología, cada 10,000 millones de dólares de inversión externa adicional podrían crear 900,000 empleos. Si la inversión interna privada y pública hace otro tanto, México podrá resolver sus problemas. Pero si nuestra diplomacia falla se agudizarán las presiones sociales y políticas.

Nuestra política exterior está mal orientada y equivocadas sus prioridades. La solución de nuestros problemas no nos vendrá del sur ni del mundo socialista. No es lógico pensar que nuestros hermanos de raza de la América Latina y concretamente los de Centro América podrán ayudarnos. No nos compran, ni nos prestan, no pueden invertir aquí o recibir a nuestros braceros. Aun cuando al personal de nuestra cancillería le dé tortícolis colectiva, tendrá que mirar constantemente al norte, y sobre los océanos hacia el noreste y noroeste. Por el sur no se encontrarán las soluciones.

A la larga, la orientación de la política exterior hacia el sur podrá dar resultado mediante la integración económica, la cooperación política y mayor comercio. Pero esto no podrá lograrse en el plazo perentorio que nuestros problemas exigen. Arrastramos en nuestro desarrollo un importante retraso histórico, al cual debemos agregarle el rezago del sexenio perdido. No disponemos de tiempo para esperar las brisas del sur. Lo único útil que nuestra diplomacia podría lograr por el sur sería aplicar el *jus meridiani*. Considerando que los meridianos que pasan por Tijuana y por Salina Cruz llegan hasta el Polo Sur sin cruzar ningún país, nuestra cancillería podría tomar posesión en nombre de México del segmento que nos corresponde de la Antártida. Nuestro gobierno podría establecer el Fideicomiso Para Protección del Pingüino (FIPIN) y mandar allí a nuestros ex-presidentes y sus funcionarios cercanos. Saldría más barato que darles una embajada a cada uno y, aunque seguramente acabarían con los pingüinos, con suerte los hielos acabarían con nuestros ex-funcionarios.

A la corta, nuestra diplomacia poco puede lograr por el sur. Tampoco en el mundo socialista. Nicaragua y Cuba no resolverán nuestros problemas. Carecen de los medios, pero sobre todo de interés. El "segundo mundo", el bloque socialista metropolitano, no se ha significado por el grado de ayuda para fomentar el desarrollo económico en otros países. Por el contrario, desde un punto de vista geopolítico frío, y también porque busca la propagación global de la ideología socialista, puede convenirle un México desestabilizado o colapsado que distraiga la atención de Estados Unidos de áreas para ellos más vitales.

Nuestra relación bilateral con los países desarrollados es difícil. Negociamos desde una posición débil, de desigualdad de fuerzas y tecnología, de nivel de ingresos y de urgencia. Por otra parte nuestros políticos en muchos casos están atados psicológicamente a una ideología antiyanqui y anticapitalista heredada, que tienen que mantener ante su "electorado": los sectores corporativos y dirigentes del PRI. En nuestro trato con Estados Unidos estas posturas conducen a una coexistencia conflictiva de gobierno a gobierno. Independientemente del deseo que pueda tener Estados

Unidos de establecer una relación satisfactoria con México, su política exterior está regida por intereses estratégicos y geopolíticos globales ajenos a nosotros. Esta dicotomía los lleva a tomar posiciones en el hemisferio occidental que no derivan de problemas del área, sino de su necesidad como gran potencia de contener expansiones reales o ideológicas de su rival socialista.

No está en nuestras manos lograr que Estados Unidos deje de ver su situación global en el contexto de un conflicto continuado con la potencia socialista. La política exterior de México será siempre poco efectiva en el ámbito mundial. Carecemos de medios para alterar los conflictos de visión y de acción en las relaciones de las dos grandes potencias.

Por razones económicas prioritarias la política exterior de México tiene que orientarse hacia el mantenimiento de relaciones cooperativas con la economía de Estados Unidos, pero en forma tal que no queden involucradas las ideologías y posturas electorales que los políticos de uno y otro país tienen que sostener públicamente. La política exterior de México debe *desgobiernizarse* en su relación con Estados Unidos. Puede enfocarse hacia el fomento de las relaciones bilaterales entre entidades privadas, sean económicas, financieras o culturales. Las relaciones funcionales desgobiernizadas no tienen que plantear conflictos ideológicos. En muchos terrenos vivimos con Estados Unidos no sólo una coexistencia cooperativa sino simbiótica. La vida en la franja fronteriza norte es prueba de ello. El turismo bilateral, el enorme y recíproco volumen de comercio internacional son la demostración cotidiana de la simbiosis. Si nuestra política exterior fomentara relaciones bilaterales privatizadas podríamos lograr muchos de los objetivos de crecimiento sin involucrar las diferencias de enfoques políticos. Nuestra política exterior para el siglo XXI tiene que orientarse hacia la cooperación, sin privilegios, con los países que sobre bases mutuamente ventajosas puedan ayudar a resolver nuestros problemas reales. Japón y Europa occidental, los nuevos países superavitarios, pueden ser socios viables. Podríamos promover una *Alianza Para la Coprosperidad*. Las partes en tal alianza pueden ser flexibles y buscar soluciones prácticas a los problemas reales. El primer paso es prescindir de posiciones retrovidentes. En la alianza para la coprosperidad México puede ofrecer más apertura a la inversión, estabilidad en las reglas del juego, el envío ordenado de trabajadores transitorios, el suministro de mano de obra para nuevas maquiladoras, y la venta de productos estratégicos como el petróleo, sus derivados y muchos minerales, así como la apertura de nuevas zonas libres para maquiladoras. Los países desarrollados pueden ofrecer más apertura a productos mexicanos, recepción ordenada, trato igual y protección legal a nuestros trabajadores, y mayor flujo de recursos financieros privados. Sin conflictos de visión, sin pleitos por terceros, sin desplantes ideológicos, sin enfoques retrovidentes, podemos beneficiarnos mutuamente haciendo avanzar nuestras economías hacia la coprosperidad. Basta que la política exterior sea la continuación por otros medios de la política interior.

Sería fácil resumir la crisis agrícola de México en una sola frase: hay demasiadas bocas para pocos tacos. Nuestra población crece mientras que la producción agrícola per cápita baja. Es difícil medir la realidad de nuestra producción en el campo. En México las estadísticas agrícolas, con excepción de las de exportación e importación, las hacen autoridades encargadas de justificar la bondad del ejido, la Reforma Agraria, el sistema de tenencia de tierras en general y la existencia de una enorme burocracia. Lo cierto es que tenemos que importar cada vez mayores cantidades de granos y oleaginosas y que nuestra población sufre una creciente disminución en la calidad de su alimentación. Vivimos con lo que otros países producen, no con lo nuestro. Quizás si hubiera más capital que invertir en ella nuestra agricultura sería más productiva. Pero es obvio que por razones demagógicas retrovidentes estamos sosteniendo un sistema agrícola ineficiente y poco adecuado para producir todo lo que demanda una población que seguirá creciendo por la inercia demográfica cuando menos cuarenta años más. Prueba de la crisis aguda en el campo es que continúa el dramático intento de campesinos por entrar a Estados Unidos, y el éxodo interno hacia nuestra ciudad.

Los minifundios y microejidos fueron en su inicio necesarios por razones políticas. Según el concepto clásico de los políticos agraristas, un país pobre en el cual la gente se siente propietaria de la tierra tendrá más estabilidad que uno igualmente pobre sin tierra reparada. La situación tanto política como agraria ha evolucionado radicalmente en los setenta años transcurridos desde que fue consolidada la Revolución. La población se ha triplicado, la tierra disponible para la agricultura ya no crece, el capital necesario para hacer eficiente la producción no es atraído al campo. Pero el cambio más importante es que el sector agrícola hoy tiene representación política, defensas institucionales y distintos amortiguadores (como el Seguro Social, las Comisiones de Salarios Mínimos, precios de garantía y mercado asegurado, la Secretaría del Trabajo) de los que carecían en la época revolucionaria. Por consiguiente la forma de tenencia o propiedad del suelo ya no es asunto primordial para la estabilidad política del país o para evitar la explotación del campesino. La insuficiencia agrícola puede hoy resolverse con criterios técnicos que impulsen la producción sin estar limitados por fórmulas arcaicas.

Quizás una de las dificultades para tecnificar el campo y lograr eficiencia sea la sobreestructura de caciques locales, líderes agrarios y una burocracia que maneja el otorgamiento de créditos a los campesinos y su movilización con fines electorales. Eliminar esta pesada carga sobre los campesinos posiblemente será más difícil que modificar el mismo sistema de producción. El costo político de hacer cambios en el sector agrícola es alto. Pero mayor será el costo de seguir como vamos: la dependencia del extranjero en un asunto tan vital como la alimentación del país.

El principio de Lucrecio

La densidad de población de México es muy baja en comparación con la de los países de Europa occiden-

al, Japón y algunos de la cuenca del Pacífico. Es cierto que tenemos menos habitantes por kilómetro cuadrado, pero también mucho menos capital por habitante. Para que México produzca lo suficiente con eficiencia tenemos que aumentar sustancialmente el capital de trabajo por habitante: el equipo, las herramientas, la energía, la tecnología y la educación. El esfuerzo de inversión que requerimos es mayúsculo. Si Japón ha crecido tanto en los últimos cuarenta años, se debe básicamente a que consume menos de lo que produce e invierte el excedente. Su ahorro interno es de 1000 millones de dólares diarios. Anualmente invierte algo así como el 30% de su producto interno bruto en capitalizar a su industria con medios mas eficientes y tecnologías más avanzadas. Desde el siglo XIX la educación secundaria en Japón es no sólo obligatoria sino efectiva; la educación complementaria "juku" y la técnica superior son ejemplo para el mundo.

México es un país con demasiados "changarros" sin capital, de talleres callejeros sin equipo adecuado, con muchas fábricas llenas de maquinaria obsoleta, con trabajadores sin herramientas y de jóvenes sin educación suficiente para producir bien. Si a esto agregamos los marginados que carecen de todo y los campesinos que todavía siembran con un palo, podemos ver lo largo y caro del camino por recorrer hacia la modernidad. México entero necesita más capital para que el esfuerzo de sus trabajadores rinda más en su propio beneficio. En un mar de miseria con unas cuantas islas de prosperidad sólo podrá lograrlo lentamente con su propio ahorro, y más rápidamente a través de la atracción de recursos y tecnología de otras partes.

Para ubicar la crisis de falta de capital quisiera exponer una idea hoy novedosa en nuestro medio aun cuando no exactamente nueva. Lucrecio escribió en Roma hace más de 2000 años que "ni los poderes divinos pueden producir algo de la nada... Nada se puede producir de la nada, todo requiere una semilla". Producir algo requiere insumos: materias primas, maquinaria con qué procesarlas, esfuerzo humano para manejar ambas, tecnología para combinar, distribuir y vender, empresarios para visualizar y organizar. En México el primer insumo genérico que nos falta es la inversión, cuyo requisito previo es el ahorro interno, el crédito o el capital externo. Nada se puede producir de la nada. El capital, entendido en su forma funcional y no política, es la esencia del crecimiento.

La insuficiencia de capital tiene solución, pero falta una reforma psicológica en la manera de pensar de la izquierda y del gobierno. Hay quienes confunden el concepto de *capital* (que abarca cosas impersonales como maquinaria, equipo, instrumental, herramienta, conocimientos, tecnología) con *capitalista* y llegan a la conclusión de que el capital es malo para un país porque representa a personas de una clase social superior y explotadora de los trabajadores. El capital no es intrínsecamente bueno o malo, aunque algunos dueños del capital, entidades públicas o privadas, puedan serlo. Es indispensable separar psicológica y políticamente los conceptos de capital y de capitalista. Sólo borrando la imagen del capitalista siempre nefasto y sustituyéndola por el concepto de capital productivo

lograremos salir de nuestra insuficiencia crónica. El "capital" puede ser público o privado, individual o colectivo, concentrado o disperso, chico o grande. Cualquiera que sea su forma, necesitamos más, mucho más.

El capital es la semilla para crecer, producir y crear puestos de trabajo productivos, eficientes y bien remunerados. La inversión es la semilla para producir capital. El ahorro es la semilla para producir inversión sin inflación. Éste es el Principio de Lucrecio aplicado a la economía. No hay otra ruta. Ni las fuerzas divinas podrán encontrarla.

¿Casualidad o causalidad?

En el desarrollo económico de México en los últimos años hay una serie de paralelismos que pueden ser simplemente coincidencia, o bien relaciones causales más profundas. La primera de ellas es que se inició el proceso acelerador de la inflación cuando el Banco de México perdió la poca autonomía que tenía. Cuando fue establecido como Banco en 1925 se tomó como modelo la organización clásica de los bancos centrales en Europa occidental. Se concentraba en el banco central la facultad de emisión de moneda, el otorgamiento de crédito de última instancia, y la regulación monetaria —todo bajo el manejo de una junta de gobierno relativamente autónoma. Si bien los bancos centrales, entre ellos el de México, cooperaban con el gobierno y seguían sus directrices, no había una línea de mando directa. El Banco de México, S.A. estaba dirigido por un consejo de administración integrado por individuos de prestigio en la comunidad, pero no ligados directamente al gobierno. Con frecuencia el Banco de Mé-

xico frenaba los impulsos gastadores del Presidente o del Secretario de Hacienda. Había una disuasión moral a la expansión monetaria. Pero en los setentas el Secretario de Hacienda asumió por ley la función de Presidente del Consejo, y el Banco de México se transformó en dócil pulmón inflador del gobierno.

La segunda coincidencia es que la inflación se desbocó a partir del momento en que la Secretaría de Hacienda fue desmembrada, quedando sólo encargada de la recaudación y obtención de recursos, en tanto que la nueva Secretaría de Programación y Presupuesto, entidad con igual rango dentro del ejecutivo, se encargó del gasto.

La tercera coincidencia es que la depresión más fuerte que ha sufrido México ha sido simultánea a la estatización del sistema bancario. La estatización de la Banca ha dado pocos beneficios al país, aunque muchos al poder político. Una relectura del Decreto de Nacionalización indica que ninguno de los supuestos objetivos se ha logrado. La nacionalización ha coincidido con la peor depresión que ha tenido México. *A priori* parece haber una relación causal entre los efectos negativos de la nacionalización, la contracción de la inversión interna y externa y la parálisis del crecimiento.

La nacionalización fue un desplazamiento más del sector privado. Exacerbó la desconfianza porque exhibió la prepotencia presidencial y la posibilidad de que un solo individuo, sin consulta previa, sin mandato público y sólo por visión personal, tomara decisiones que han afectado, ahora sí irreversiblemente, al pueblo de México. Cualquiera que sea el destino final del sistema bancario, México jamás recuperará el crecimiento perdido en un sexenio vegetativo. *Tempus Fugit*.

El sistema bancario actúa bajo normas únicas, sin competencia. Las tasas de interés se fijan no por la oferta y la demanda de fondos sino con base en determinaciones políticas y las necesidades financieras del gobierno. Un importante renglón de la actividad nacional se ha sustraído a las fuerzas del mercado y supeeditado a las leyes de la política en vez del cálculo económico. Se ha establecido un monopolio de crédito y un monopsonio en la captación de recursos.

La captación de ahorros en términos reales ha disminuido después de la nacionalización, con lo cual se ha privado al país de lo que más necesita: un medio no inflacionario para la formación de capital. En promedio, la banca estatizada paga rendimientos fuertemente negativos al ahorrador. El gobierno paga por intereses al ahorrador menos de lo que le quita la inflación. Con la inflación realiza una confiscación silenciosa de su patrimonio. De los recursos captados por la banca Estatal el 84% es para el Gobierno; el 16% restante para los otros mexicanos. Esto no es exactamente la "democratización" del crédito de que hablaba el Decreto de Nacionalización. La Banca no está organizada para prestar al público sino para prestar al gobierno; no está programada para fomentar y premiar el ahorro sino para absorberlo. Es sólo una parte más de la pirámide política controlada por el Presidente. Nuevos puestos a su disposición para darlos a los favoritos; nuevas fuentes de financiamiento para sufra-



gar el gasto público, nueva organización sindical para votar y no para producir.

La cuarta coincidencia es que una fuerte fuga de capitales se presentó en México tras la transformación arbitraria de los depósitos en dólares constituidos por mexicanos en la banca mexicana primero a "mexdólares" congelados y luego a pesos a la mitad de su equivalencia en el mercado real. Todavía hay cuarenta o cincuenta mil millones de dólares propiedad de mexicanos que podrían regresar a México y no lo han hecho por el triste recuerdo del arbitrario machetazo dado en agosto de 1982, que partió a la mitad el ahorro y patrimonio de muchos mexicanos.

Casualidad o causalidad, en el momento más crítico de nuestra historia económica, cuando más necesitado está el país de capital para crecer, la política oficial acelera la inflación, desalienta y desvía el ahorro interno. En el camino para resolver la crisis de infracapitalización hemos perdido el paso y la brújula.

Ideosclerosis

En época de Porfirio Díaz se discutía si México estaba preparado para la democracia. El debate subsiste y la respuesta tiene que ser que el pueblo de México ha estado y está preparado para la democracia, pero el sistema político tradicional se ha convertido en barrera infranqueable al progreso democrático. En muchos aspectos, el gobierno, por más que hable de la rectoría del Estado, va a la zaga de la opinión pública. Varios países de América Latina: Argentina, Brasil, Uruguay, en años recientes han hecho la transición de regímenes militares autoritarios hacia democracias funcionales. En México, donde por fortuna no hemos tenido en los últimos sesenta años ningún gobierno tan autoritario como algunos del cono sur, sin embargo seguimos un sistema que si bien no oprime al individuo cada vez permite menos la libre participación de los ciudadanos en el manejo de la economía. El pueblo de México ya está listo para pasar del voyeurismo a la participación.

Muy pocos de los que hoy vivimos tenemos experiencia directa de lo que fue la Revolución Mexicana, de sus ideales o aspiraciones. Más de la mitad de nuestra población ha nacido en los últimos veinte años; tres cuartas partes datan de la segunda guerra mundial. Ninguno de nuestros gobernantes había nacido cuando se promulgó la Constitución. Ninguno de nuestros historiadores o politólogos puede decir que luchó por el pueblo con el fusil candente en las manos. Cuanto se dice y se escribe sobre la Revolución se basa en información de segunda o tercera mano, o proyección retroactiva de lo que creemos que fue o pudo haber sido.

Cuando hoy se gobierna en nombre de una revolución ocurrida hace tres generaciones hay que pensar que se invoca una visión no uniforme o monolítica sino imágenes del pasado formadas por nosotros mismo. Hay tantas retrovisiones como individuos, y es inevitable un *conflicto de visiones*, sobre qué fue, para quién fue, por qué fue la Revolución y qué se esperaba de ella.

La revolución fue polimorfa. Para unos era protesta contra la dictadura; para otros el inicio del capitalismo. Algunos vieron en ella un salto histórico para lle-

gar directamente del feudalismo al socialismo sin pasar por el capitalismo. El anti-imperialismo fue también bandera. Si algún común denominador había, era el deseo de justicia social y un concepto humanista. Nuestra revolución es de esos conceptos que desafían definiciones.

Hoy, ya transcurridos 70 años y muertos los participantes, la Revolución es símbolo que cada quien interpreta según su conveniencia. Dentro de las varias visiones, hoy todas retroactivas, de la Revolución Mexicana hay no sólo diferencias sino conflictos. Gobernar invocando la revolución no es un programa preciso sino ambiguo y arcaico. Necesitamos nuevos programas adecuados a la resolución de los problemas de hoy y del futuro inmediato. Ya no basta con reciclar visiones conflictivas y borrosas, de dogmas e ideologías heredadas. La Revolución resolvió como mejor pudo los problemas propios del México de su época. El México actual es otro país. Los problemas son diferentes; las soluciones tienen que ser distintas y los medios otros. Congruencia histórica no quiere decir aplicar hoy los mismos dogmas que se usaron en el pasado, sino buscar los medios para resolver en el tiempo disponible los problemas reales que vivimos. La verdadera congruencia histórica se logra cuando en otra época por medios distintos se busca el mismo objetivo humanista fundamental que tuvo la Revolución: mejorar el nivel de vida de los mexicanos, transformar en realidad sus esperanzas y fortalecer al país.

Políticamente, las revoluciones no son un proceso lineal sino circular. *Plus ça change, plus c'est la même chose*. Todo proceso revolucionario pasa por varias etapas y recorre un ciclo involutivo: en su inicio algunos grupos comienzan a expresar su insatisfacción, odio al gobierno, a los grupos políticos dominantes y a la ideología prevaleciente. La siguiente etapa involucra un levantamiento armado y el reemplazo del gobierno. En la tercera fase surge un radicalismo reivindicativo, en el cual se destruye buena parte del sistema económico, político y social prerrevolucionario, se cobra venganza por agravios anteriores y se inicia un nuevo programa con nueva ideología. En la siguiente etapa se logra la estabilización del régimen político a través de la búsqueda de compromisos y la formación de alianzas. Puede ser una etapa larga (50 ó 60 años en los casos de México y Rusia) y paulatinamente llegará a una situación en la cual la Revolución deja de ser Revolución y se transforma en involución. Se produce la rigidización y endogamia de la casta política, se crea una *Nomenklatura*, se encubren los errores, se racionaliza y justifica la continuación del *status quo* y surge un rechazo al cambio. La ideosclerosis se posesiona del sistema; hay una pérdida de expectativas y el proceso revolucionario llega a su fin. La gente comienza a sentir la insatisfacción, a pensar en el siguiente ciclo, en un cambio fundamental y hasta en una nueva revolución. Sólo perduran los logros de una revolución cuando ésta se transforma en democracia y abre las puertas al cambio continuo, a la modernización.

México ha llegado al momento de buscar alternativas antes de que sea tarde. La transición a la democracia política y económica real es impostergable. Las de-

ciones políticas y las económicas tienen que ser pluralizadas. Es necesario desestatizar, desmonopolizar y descentralizar todo lo posible. El sistema debe ser flexibilizado para dar participación al individuo en la determinación de su propia ruta en lo político y en lo económico. La antigüedad y el abolemento de un sistema de gobierno no lo eximen del requisito de dar validez específica a sus resultados. Si el PIB real per cápita ya no sube sino baja, significa objetivamente que el sistema ya no sirve. A largo plazo el principio dinámico de un proceso social debe estar en la evolución y el progreso, no en la involución y la parálisis. El partido político en el poder se ha transformado con los años en el principal obstáculo al progreso. Por la "estabilidad" política nos hace pagar un altísimo precio.

Para los problemas de hoy el PRI no ofrece más que una ideología retrovidente, la invocación de un pasado de por sí confuso. Nos da una visión arqueológica de nuestros problemas. No es en la arqueología política donde podremos encontrar el nuevo sendero. Ningún gobierno puede sustraerse indefinidamente a las realidades económicas, demográficas y ecológicas; ninguna secuencia de slogans puede ocultar la realidad. Tenemos que hacer un análisis no emocional de nuestros problemas, ver de qué medios y recursos disponemos, y hacerlo en función de las opciones reales de hoy. El país marcha irremisiblemente hacia la desaparición del PRI como monopolio político. Aún cuando se vislumbran ciertos caminos reformistas avanzamos hacia un futuro desconocido porque no parece haber ruta gradual hacia la transición. Ni por la izquierda ni por la derecha hay a la vista una alternativa viable.

En la biogenética, como en todas las ciencias y nuevas tecnologías, México tiene un tremendo atraso. Pero hay una notable excepción: el PRI, la mejor fábrica de clones del mundo. La ruta hacia el poder para los jóvenes pasa por el PRI. No hay otra. Pero para sobrevivir y progresar políticamente dentro del PRI hay que prescindir de toda idea novedosa. El PRI es un caldo de cultivo bacteriológico en el cual sólo pueden sobrevivir gérmenes iguales a todos los otros anteriores. Los distintos son expulsados o engullidos. Sólo sobreviven quienes por transgénesis son transformados en clones idénticos a sus antecesores, con un código genérico que sólo contiene partes de los próceres revolucionarios. El PRI no produce individuos aptos para resolver problemas que no existían ni eran previstos por quienes hicieron la revolución. El PRI es víctima de su propia retroalimentación.

Dentro del PRI toda disidencia o diferencia de opinión es considerada traición a la patria. La forma de sobrevivir y progresar es tomar la ruta segura del pasado y jamás exponer una idea nueva. Cárdenas, Zapata, Villa y Juárez son siempre imágenes inobjetables. Es una lástima que tengan poca relevancia para la realidad actual.

El proceso de reconversión política, de modernizarlos y liberar a la iniciativa del mexicano dando vigencia a nuestra vieja, apollillada y tantas veces violada Constitución, parece una utopía. Dar a los ciudadanos mexicanos los derechos políticos que no han tenido más que en teoría, restablecer el municipio libre, los valores del federalismo, la división de poderes, la autodeterminación económica de los ciudadanos, la inde-

pendencia judicial, la discusión en el poder legislativo, los pesos y contrapesos en el gobierno, son cosas que no parecen probables o imaginables como actos internos de una casta política que tiene mucho que perder y poco que ganar. Los golpes de estado o revoluciones no parecen viables. El cambio tendrá que imponerlo la población por persuasión. El único camino para orientar la acción del gobierno hacia la solución de problemas reales parece ser una acción lenta, sistemática, una presión continua, una crítica constructiva constante hasta introducir ideas nuevas poco a poco, casi subliminalmente, en un gobierno hasta hoy poco receptivo. En parte nuestros políticos modernos comienzan a gobernarnos por encuestas y mercadotecnia. Algo sienten, algo pulsán, aunque no por los conductos de la legislación. Ante la ideosclerosis oficial, la esperanza democrática es la ósmosis.

La visión Senyck

Entre los muchos aforismos de Keynes, quizá el más conocido es el de que "en el largo plazo todos estamos muertos". En México lo aplicable parece ser en cambio la visión Senyck. A largo plazo México estará vivo. No desaparecerá. En el siglo XXI habrá más de 120 millones de mexicanos en una gran superficie geográfica, todavía rica en recursos pese al desastre ecológico, colindando en 3000 kilómetros con el mercado más grande del mundo. El problema es cómo sobrevivir para llegar al largo plazo cuando estamos tan mal heridos a corto plazo.

El efecto acumulativo de los problemas subyacentes nos tiene paralizados. Nuestro sistema político se ha maniatado. Pero espero que el examen hecho indique que casi todos pueden ser resueltos si existe la voluntad política para ello y si se ejecuta un programa específico en cada área. México tuvo un mal siglo XIX y la parte final del siglo XX parece peor. Debemos buscar la forma de que tenga un mejor siglo XXI.

La sabia idea de John Donne es aplicable a nuestra situación. No preguntemos por quién doblan las campanas: están doblando por cada uno de nosotros. La solución de nuestros problemas depende de nosotros mismos. Si cada individuo dentro de su propia área de acción, si los estadistas y los políticos están conscientes de que las campanas doblan y de que el tiempo pasa, quizás podamos retomar el rumbo de crecimiento y salir del estancamiento, la pérdida de confianza y de expectativas. La solución está a nuestro alcance. Basta que el gobierno no siga tropezando con la misma piedra, que actúe pensando en los problemas reales de hoy y los del siglo XXI y que al manejar vea para adelante y se olvide del espejo retrovisor.

Posdata

El cambio de rumbo, tomar el nuevo sendero, tendrá un costo político marginal para quienes hoy detentan el poder. No hacer nada o seguir por la misma ruta podrá tener para ellos y para el país un costo mucho mayor. México está listo para la democracia. También está listo para el progreso. Si no podemos tener las dos cosas, quizás pronto tengamos siquiera una.